

La Sociología: Una introducción a la Sociología I

7. Sociedades humanas y sociedades animales

<https://canal.uned.es/mmobj/index/id/50290/hash/0f304eddb4ad6007a3093fd6d963a1d2>

Presentador. Durante muchos años, los seres humanos hemos intentado establecer rígidas barreras con el resto de los seres vivos. Nuestra forma de ser sociables se ha visto como una manifestación singular y única, distinta a cualquier otra manifestación de vida en este planeta.

Sin embargo, los hombres y mujeres no somos los únicos seres sociales. Durante los últimos años, una gran cantidad de estudios nos han permitido conocer mejor la realidad de otras sociedades animales como los hormigueros, los termiteros, las colonias de aves, las comunidades de primates. En toda la naturaleza existe una inclinación a la agregación, a la hibridación, al establecimiento de vínculos sociales. La existencia de esta inclinación ha sido llevada a sus últimas consecuencias por los sociobiólogos al sostener que el fenómeno social tiene una explicación biológica. Según Wilson, existe un fuerte hilo conductor que va desde las colonias de termitas y hermandades de pavos, hasta el comportamiento social del hombre.

Sin embargo, hay todavía muchas resistencias a reconocer que existe un cordón umbilical que nos mantiene unidos a la lógica global de lo social. Freud interpretó esta resistencia, incluso psicológica, como una reacción típica del narcisismo humano en su obra *Una dificultad del psicoanálisis*, en la que afirmó: “En el curso de la evolución cultural, el hombre se consideró como soberano de todos los seres que poblaban la tierra y, no contento con tal soberanía, comenzó a abrir un abismo entre él y ellos. Les negó la razón y se atribuyó un alma inmortal y un origen divino que le permitió romper todo lazo de comunidad con el mundo animal”.

Sin embargo, la evidencia científica actual demuestra que el hombre ha sido el resultado de un doble proceso de evolución biológica y social. Muchos investigadores trabajan para llegar a conocer y explicar todo este proceso de evolución. Son historiadores, antropólogos, científicos sociales, biólogos y paleontólogos que trabajan rebuscando entre fósiles restos de los homínidos que son nuestros antecesores más directos. Si nos basamos en los recientes descubrimientos realizados en Aramis, Etiopía, los fósiles de un ser más próximo al chimpancé que al australopiteco afarensis nos hacen retroceder en la prehistoria humana hasta cuatro millones y medio de años.

Como ya explicamos en el capítulo dos, los orígenes del *Homo erectus* se remontan a un millón y medio de años. El *Homo habilis* caminaba totalmente erguido y fabricaba utensilios para cortar, rasgar y perforar, dominaba el fuego y era un cazador de animales grandes mediante una tecnología avanzada, como bolas, mazas de madera, redes, cuerdas, trampas, hoyos ocultos,

etcétera. Teniendo en cuenta que los rastros del Homo sapiens se han situado en más de 100 000 años, podemos comprender que nuestra especie y nuestras sociedades han sido el resultado de un proceso de evolución biológica y social que se ha dilatado a lo largo de miles, de millones de años. En este largo proceso de hominización, lógicamente, aún existen lagunas de conocimiento y procesos y especies de homínidos y primates de los que carecemos de información. Mediante el estudio del comportamiento de las sociedades animales podemos llegar a comprender mejor la lógica global de lo viviente y, por tanto, de los fenómenos sociales. De ahí la importancia de los estudios etológicos, que se ocupan del comportamiento de los animales.

En la naturaleza podemos encontrar muchas formas de agrupamiento, que van desde el simple apareamiento a los núcleos familiares y a los rebaños y manadas. Aquí vamos a referirnos a dos formas específicas de agrupamientos: las sociedades de insectos y las tropas o sociedades de primates.

Las sociedades de insectos son unas sociedades extremadamente rígidas que recuerdan la sociedad orwelliana, en la que todo el mundo está controlado y no existe un atisbo de libertad individual. Las sociedades superiores de insectos, abejas, hormigas y termitas en sus múltiples variedades son las más antiguas conocidas. Algunas de estas sociedades, como las de termitas, tienen formas de organización social muy sofisticadas, con una rígida división del trabajo entre individuos muy diferenciados entre sí: reproductores de diferentes tipos, obreros, guerreros de distintas clases, unos con trompa lanzadora de líquidos, otros con mandíbulas cortantes. Tienen su propio sistema de comunicación, con señales de alarma y llamada, construyen edificaciones con complejas formas arquitectónicas, produciendo una especie de cemento con mezclas de saliva, madera y excrementos, regulan la temperatura de sus moradas, cultivan algunas variedades de hongos, estabulan especies de pulgones que les sirven de alimento. En estas sociedades no se producen prácticamente modificaciones y no existen márgenes significativos de variación en el comportamiento de los individuos. Lógicamente, lo social es morfológico y la diferenciación de papeles está en función de las propias diferencias biológicas de los individuos.

Como ha señalado Marcel Sire, las sociedades de insectos y las humanas tienen como puntos comunes los siguientes: división del trabajo, jerarquías, reparto de los individuos en clases o castas, construcciones colectivas, lenguaje, nuevo enjambre cuando la población se hace superabundante en un lugar dado y equilibrio cualitativo y cuantitativo de las poblaciones por autorregulación.

Las sociedades de animales vertebrados no están rígidamente estructuradas y los individuos mantienen márgenes bastante amplios de independencia y libertad de acción. Estos animales, y especialmente los monos desarrollados, están vivamente orientados hacia la sociabilidad, pero la jerarquía social y la dominación se producen entre individuos iguales, incluyendo tanto los rasgos propios del individuo, fuerza, agresividad, etcétera,

como la experiencia social del grupo.

En las sociedades de primates existen una serie de características comunes. La primera es la existencia de sentimientos de territorialidad, es decir, cada sociedad se desarrolla en ámbitos geográficos concretos que defienden contra los intrusos. La segunda característica es que en estas comunidades se produce autorregulación demográfica, de forma que los jóvenes excedentes se ven segregados y obligados al éxodo y a la fundación de nuevas colonias en otros territorios. En tercer lugar, existe una clara diferenciación de los lazos sociales y de estructuras de dependencia, con jerarquías generales de dominación, lazos entre madres e hijos, entre machos y hembras, relaciones afectivas y de solidaridad entre individuos del mismo sexo y papeles diferenciados por sexo y edad en las tareas de protección, alimentación y adiestramiento.

En estas sociedades se produce un considerable grado de dinamismo, dando imagen de un desorden aparente que, en el fondo, forma parte del orden social, caracterizado por la diversidad, variedad, flexibilidad y complejidad a la vez que forma parte del propio desorden: conductas aleatorias, competiciones, conflictos. La combinación de estos elementos de organización y conformación y de desorden y libertad individual es lo que ofrece la posibilidad de cambio e innovación en las pautas de comportamiento de estos grupos.

Un ejemplo típico de estos cambios fueron las innovaciones introducidas entre los macacos de la isla Goshima, que dieron lugar a nuevas pautas de alimentación a través de descubrimientos casuales de algunos individuos que luego fueron transmitidos socialmente a toda la colectividad. Esto fue lo que ocurrió cuando uno de estos macacos descubrió casualmente la eficacia de lavar la tierra de las batatas sumergiéndolas en el agua en vez de limpiarlas poco a poco con la mano, utilizándose luego este mismo sistema para separar la arena de los granos de trigo.

El estudio de los comportamientos sociales de los grandes monos en sus medios naturales ha hecho posible descubrir un mundo complejo de costumbres y técnicas que permiten hablar de verdaderas protoculturas. Por ejemplo, los chimpancés africanos emplean útiles diversos para machacar alimentos o materiales sólidos, apalancar objetos para moverlos, abrir y excavar termiteros, cavar hoyos, canales, agujeros, absorber aguas o líquidos por empapamiento con hojas secas machacadas, recoger agua, limpiar el cuerpo y los alimentos, arrojar objetos como proyectiles para ahuyentar congéneres e individuos de otras especies, etcétera, etcétera.

Algunos estudios han demostrado que los monos utilizan sistemas de comunicación sumamente expresivos en los que ponen todos sus sentidos. Y algunos observadores han llegado a identificar la utilización de varias decenas de sonidos perfectamente diferenciables. En los últimos años, una serie de experimentos ha mostrado también cómo, tras varios años de entrenamiento, los chimpancés pueden llegar a dominar varios cientos de signos. Los esposos Gardner, por ejemplo, enseñaron a un chimpancé

550 signos basados en el lenguaje de los sordomudos, llegando a comunicarse entre sí e incluso construir nuevos conceptos combinando signos.

De acuerdo con Sabater Pi, las capacidades conductuales de los chimpancés comprenden: primero, capacidad para el conocimiento del esquema corporal noción de la muerte; segundo, capacidad comunicativa a nivel emocional, proposicional y simbólico; tercero, capacidad para el uso y fabricación de herramientas; cuarto, capacidad para la actividad cooperativa, caza y distribución de alimentos entre adultos; quinto, capacidad para mantener relaciones familiares estables y duraderas en el nivel de madres, hijos y nietos; sexto, capacidad para mantener relaciones sexuales no promiscuas, evitando el incesto primario y; séptimo, capacidad estética.

En definitiva, podemos decir con fundamento que existe una gran cantidad de comportamientos y aspectos de la organización social que permiten identificar elementos de similitud y continuidad, aún en sus grandes diferencias, entre las sociedades animales y las humanas, especialmente en las más ancestrales.

Por ello, de la misma manera que se superaron hace tiempo las resistencias narcisistas a la teoría de la evolución biológica de las especies, hoy debemos acostumbrarnos a la idea de que, al igual que nuestra anatomía tiene su origen en los primates, también nuestras actuales formas de organización son el resultado de una larga evolución que, verosímilmente hunde sus raíces en los comportamientos colectivos básicos de diversas especies de homínidos actualmente desaparecidos.

Transcripción de Tomás Costal